

LA AVENTURA MIRANDINA EN TIERRAS DE CORO

Lucas Guillermo Castillo Lara (*)

No vamos a repetir la historia, tantas veces recontada y sabida de la aventura mirandina en tierras de Coro, un glorioso día de 1806. Pero sí queremos referirnos a algunos detalles poco conocidos de esa expedición libertaria, después que asienta sus plantas en la región coriana.

Después del fracaso de su primera expedición en Ocumare, Miranda vaga por las Antillas en busca de nuevos auxilios y con renovada fe vuelve a emprender su camino de libertad. El domingo 3 de agosto desembarca en La Vela de Coro. Después de intenso combate se apodera de la población. Huyen las fuerzas contrarias comandadas por don Juan de Salas y es ordenada la evacuación de Coro. Esa misma noche las fuerzas de Miranda emprenden la marcha y al amanecer del lunes 4 de Agosto, como a las 4 1/2 de la madrugada, entra a Coro. Buena parte de la población, atendiendo estrictas órdenes de las autoridades, había huido pero unos cuantos se quedaron y otros regresan.

De la información que se levanta después acerca de la conducta de esas personas que aparecían sospechosas de infidencia, brotan datos interesantes sobre la estada de Miranda en Coro. De uno de esos viejos expedientes, quizás poco conocido, saltan episodios frescos y vivaces de ese momento que vive Miranda en la vieja ciudad de Coro y La Vela. De allí surge un Miranda aposentado en una casona colonial, dando paseos por las calles de la población, o manteniendo conversaciones con sus oficiales. Sus inquietudes y sobresaltos, la remembranza de sus condiscípulos caraqueños, la comida en la casa paterna, la bandera tricolor que flamea sobre la torre de la Iglesia. El sello que usaba para lacrar sus cartas. El clima de tensión que se vivía en la ciudad; las dificultades para abastecerse de alimentos y agua. Los chivos que se cazaban a tiros en los hatillos circunvecinos. Los posibles colaboradores corianos; la gente que se mantuvo en la ciudad. Las cocineras que tuvo en el puerto de La Vela. Es

(*) Individuo de Número. Sillón Letra "D".

todo un panorama de esa aventura, donde se mezclan noticias con ribetes domésticos y algunos aspectos novedosos.¹

La lista de individuos que permanecieron en Coro, a pesar de las órdenes de evacuación, es considerable. Eso desvirtúa el concepto, de que a la llegada de Miranda la población estaba totalmente desierta. Podemos enumerar las siguientes personas: Antonio del Hoyo, natural de Carora, Alcaide de la Cárcel. Pbro. Pérez Guzmán, Cura de la Iglesia. Nicolás Yánes, Administrador de Correos. Antonio Navarrete, emigrado dominicano, Mayordomo de la Iglesia, en cuya casa se hospedó Miranda. Francisco Labastida, emigrado de Santo Domingo, quien habitaba en la casa de Navarrete. Juan Francisco de Nova y Miguel Alvarez, también emigrados dominicanos. Bartolo Rivera, en cuya casa se hospedaron Oficiales de Miranda y para darles de beber quitaba los barriles de agua a los aguadores. Seguían Pedro y Francisco Castro, José Nicolás Alvarado, Francisco Valles, Rosa Cartagena, José Valladares, Doña Ana Tellería, Doña Mónica Coz, Miguel Jaime, Jacinta Mergara, Juan José Pérez, don Francisco Henríque García, José Calixto Guarira, Francisco Borges, Francisco Verde, Doña María del Carmen Coca, Teresa Jobber, la mujer de Joaquín Pelton. Catalina Talavera, esclava de Gertrudis Talavera la esposa de Pablo Ignacio de Arcaya, etc. etc.

Todos manifiestan alguna excusa por no haberse ido de la ciudad. Enfermedades, carencia de bestias, cuidar o recoger pertenencias, familia numerosa, o que alguien se lo había ordenado. Como era natural, todos decían ser inocentes.

Con pocas variantes los testimonios están acordes con el siguiente relato:

Las tropas que entraron a la ciudad, eran 450 hombres incluidos los Oficiales. Al momento de tomar la plaza hubo un tiroteo, no porque hubo resistencia, sino por confusión entre ellos mismos y resultó muerto un Coronel y 5 heridos. Tan pronto como amaneció izaron en la torre de la Iglesia Parroquial una bandera tricolor con las tres franjas horizontales de nuestros gloriosos colores. Las noticias difieren en su colocación, pero la más general era: azul, amarillo y encarnado. Colocaron tres cañones, otros dicen que dos, en la esquina de la Torre, Boca-calle del Hospital y en la esquina de Doña Juana Molina. Sobre su ubicación varían las opiniones.

Miranda se alojó en la casa de don Antonio Navarrete con algunos oficiales y otros sea aposentaron en la Casa de don Bartolo de Rivera. Tuvieron proble-

1 Archivo del Registro Principal del Distrito Federal. Cajas Negras. 1806. Autos sobre averiguar la entrada del General Miranda y sus tropas en la ciudad de Coro.

mas de alimentación por la escasez de víveres, pero completaban la ración con gallinas, puercos y cabras que conseguían en los hatillos vecinos.

No hubo hostilidad en la población, antes bien recibieron auxilio de varias personas, aun cuando después que Miranda se va, como es lógico, todos lo niegan. El comportamiento de Miranda y sus tropas con la población fue muy amistoso. No se maltrató a nadie ni se permitió a los soldados ninguna clase de excesos. A pesar de que había muchas casas abandonadas no hubo saqueos ni robos. En las denuncias que hubo sobre saqueos se castigaron a los culpables, algunos de ellos de la misma población. Hubo requisita en pocas casas, como la del Comandante, la del Tabaco y la de la Comandancia. Miranda se informó de los presos que estaban en la cárcel, dio libertad a los detenidos por delitos leves y a los homicidas y ladrones mandó a asegurarlos con grillos. Pocos se le unen en su retirada, entre ellos unos indios de Moruy, de Cumarebo de la Sierra, y varios esclavos y otras personas.

Las tropas españolas se retiraron primero a Buenavista y después a Río seco. Miranda consideró que era indefendible la plaza por ser demasiado abierta y se lamentaba de no haber ido a Ocumare. Por confidencias de Oficiales que lo acompañaban, se supo que abrigaba esperanzas de un ejército que debía venir de Santa Fe. La retirada de Coro se cumple el jueves 7 a las 10 y 30 de la noche, y se dirigen al puerto de La Vela donde permanecen hasta el día 13 a la una de la tarde.

De todas las declaraciones que contiene el Expediente a que nos venimos refiriendo, las más interesantes y reveladoras fueron las de don Antonio Navarrete y don Francisco Labastida, quienes habitaban en la casa donde se alojó Miranda durante su permanencia en Coro.

Ambos eran emigrados de Santo Domingo y conocían a algunos de los Oficiales que venían en la expedición. Es curioso que allá en Coro residieran en ese momento varios emigrados de la dicha isla, los cuales con diversos pretextos se mantuvieron en la población. Navarrete no se marchó de la ciudad, porque en su carácter de Mayordomo de la Iglesia, el día 3 estaba recogiendo las alhajas de plata de la Iglesia, con las cuales llenó un Arca y otros bultos. Solicitó bestias para el traslado y no las obtuvo sino muy tarde en la noche. En todo ello lo ayudaba don Francisco Labastida. Comenzaron a cargar las acémilas y cuando estaban en esto se oyeron los primeros tiros y resolvieron ocultar las alhajas en la misma casa de Navarrete. Primero echaron el Arca en el pozo de agua, pero como estaba medio vacío continuaba visible, por lo cual resolvieron enterrarla en un cuarto del fondo de la casa. Estaban terminando de hacerlo cuando tocaron a la puerta solicitando alojamiento para Miranda.

Don Antonio Navarrete, entre muchas otras cosas sobre las cuales fue interrogado, decía: Al referirse a su primer encuentro con Miranda cuando

fue a solicitar alojamiento en su casa: “encontró al que se decía Gral., que no dudo le sería pues su uniforme hera azul con bordado de oro, cuello y charreteras y vueltas, y tres estrellas en el corte... que en esto le dijo que se le franquease (la casa) pues aunque había visto otras le acomodaba aquella por el Alto para tener a la vista sus tropas, y también una silla, pues venía muy cansado, porque le habían engañado diciéndole que de La Vela a Coro era un paseo”...² Navarrete le dijo luego que lo había visto en La Habana, en 1783, junto con el capitán General Juan Manuel Cajigal, y que desde esa época deseaba conocerlo. Después de entrar en detalles sobre aquel particular, Miranda recordó la fragata Luciano de la escuadra de don José Solano, donde Navarrete prestaba sus servicios, pero no a la persona de éste.

Sobre los oficiales que acompañaban a Miranda, Navarrete se extiende: Había un Segundo General, americano, que llamaban Brazo Fuerte. El Comandante de Avanzada, un francés, hermano de la Condesa de Rati, llamado el Conde Rouvrai. Un Coronel de Húsares, norteamericano, cuyo nombre no pudo saber pero sí que era muy rico. Un Coronel de Húsares de la parte francesa de Santo Domingo. El primer edecán de apellido Smith que era hijo de un Consejero del Congreso de Norteamérica. El segundo edecán era don Carlos Cañero, casado en la isla de Trinidad, y antiguo conocido de Navarrete allá en Santo Domingo cuando aquél era contador en la Real Armada. El Comisario Ordenador o de Guerra don José Rico, también su conocido, que fue vecino y comerciante en La Guaira. El capitán Domingo Sánchez, cuñado de José María España. Un capitán negro, a quien llamaban Cayetano, nativo de Caracas. Un oficial mulato nombrado Casañas, natural de La Guaira. Había algunos otros oficiales franceses y americanos.

En las puertas de la iglesia, los insurgentes fijaron algunos papeles con tachuelas que sacaron de la Contaduría. Allá en la casa, con todo disimulo, Navarrete “escondió debajo de un colchón doce ejemplares del ex-jesuita Viscardo y once proclamas que empiezan obedeciendo a vuestro llamamiento”. Después de retirados los invasores, Navarrete hizo entrega al comandante Salas de esos papeles, los cuales fueron quemados en una especie de Auto de Fe.

El relato del testigo continúa: “Inmediatamente que llegó Miranda a esta ciudad mandó a hechar y fijó en la torre una Bandera en tafetán encarnado, azul y amarillo: que el declarante para información preguntó a Rico y Cañero con indiferencia si aquella Bandera era de nación holandesa, y le contestaron que no pues tenía sus significados, hasta el fin le dijeron que quería decir libertad, patria, Carasioli (sic);”.

2 Ibidem.

Interrogado acerca de las personas por las cuales indagaron los insurgentes, Navarrete dijo, "sólo preguntó Miranda por don José de Zavala y el Dr. D. Nicolás Talavera, y Sánchez y Rico por el Sr. contador don Juan Manuel de Iturbe; porque dijeron haberlos conocido en Caracas y La Guaira".

Don Francisco de Labastida es mucho más explícito en sus respuestas y da la impresión de una mayor cultura y conocimiento. Era natural de la isla de Santo Domingo cuando era española y trasmigrado a la ciudad de Maracaibo con su familia hacía seis años. De esta ciudad había salido con destino a Caracas, el 17 de marzo último, provisto de pasaporte. Al pasar por Coro, el Sr. Vicario le había encargado de ajustarle las cuentas que debía rendir al Obispo en su Visita Pastoral. Concluido este trabajo lo contrató para una cosa similar el Mayordomo de la Iglesia, Antonio de Navarrete, en cuya casa había hospedado y más luego el cura Pedro Pérez de Guzmán.

Su encuentro con Miranda lo relata así: "al momento entró un hombre de una edad más que media, que por su cara manifestaba ser Jefe, porque traía de color azul collarín encarnado bordado con la vuelta y golpes de Palma que usan los Jefes de Brigada de Francia".

De los oficiales que acompañaban a Miranda, de los cuales unos se alojaron en la casa y otros solo comían allí, cita: Al segundo general Brazo Fuerte, de nación anglo-americana. Al conde Rublet, francés, natural de Leogan de la Isla de Santo Domingo, coronel comandante de las Avanzadas. Un francés natural de Los Cayos, comandante previsto para la caballería. Un viejo anglo-americano comandante de artillería. Don Carlos Cañero, nativo de La Habana, vecino de Trinidad a quien había conocido cuando era contador de la Goleta San Bruno de S.M. El edecán Mr. Smith, anglo-norteamericano, hijo de un miembro del Congreso de los Estados Unidos. El edecán Domingo Sánchez, natural de La Guaira, vecino de la Isla de Trinidad, hermano de la mujer de José María España. Este Sánchez era también conocido suyo y mencionaba que había sido un oficial meritorio. El comisario don José Rico, natural de Aragón y casado en La Guaira, donde fue comerciante. Secretario del General, Mr. Molini. Un teniente nombrado Cayetano, negro, natural de Caracas y otro mulato nombrado José María Casañas, nativo de La Guaira. Por último dos criados que servían a Miranda: un mulato inglés y un negro francés.

Las fuerzas que entraron con Miranda en Coro fueron 450 hombres, de los cuales 150 ingleses-americanos, cien españoles y los demás franceses, holandeses e italianos. Trajeron consigo dos cañones de campaña de calibre dos, los cuales colocaron, uno en la esquina del padre cura Lugo, con la boca mirando al barrio de Guinea, y el otro fue situado primero en la esquina donde vive el capitán Mariano Ramírez, mirando la boca para la calle de la comandan-

cia, y al otro día lo mudaron bajo la ventana de la casa del difunto Dr. Castro, mirando la boca hacia el barrio de Guinea por la calle del Poniente.

Sus noticias sobre la bandera son bastante precisas: “que el lunes cuatro del corriente, como a las siete de la mañana, se fijó en la asta que está colocada en la torre de la Parroquial una bandera de lanilla de tres colores en fajas o barras, uno azul superior, en el medio amarillo, y abajo encarnado, a semejanza de la holandesa, la cual estuvo fijada todo el día. Al siguiente martes se fijó en el mismo lugar una bandera con los mismos colores, de tafetanes, la cual permaneció hasta la tarde de su salida”.

En la ciudad se quedaron muchas personas las cuales Labastida, como forastero, no conocía: Enumera, sin embargo, a don Miguel Alvarez, el cura Pérez, el Padre del cura Lugo, doña María del Carmen Coca, la familia del interventor de la contaduría, la mujer y dos hijos del mercader Esteban Castro, el tío Bartolo, etc.

Sobre las noticias y planes futuros que oyera a Miranda y sus oficiales, indicó: que una noche como a las 11, había oído parte de una conversación que sostenían en francés, en la sala, Miranda y el conde Rublet. Se referían a que el territorio no brindaba defensa, la tierra era muy llana, sin alturas y ellos estaban ignorantes de las entradas y salidas, todo lo cual obligaba a tomar una determinación pues no podían permanecer allí. Después el Gral. Miranda siguió hablando largamente de sus campañas en Francia. Otro día en la mañana se escuchó un tiro en las guardias avanzadas, oído lo cual el General salió a plaza, se tocó redoble y marchó con la tropa y artillería hacia la parte del río. Todo resultó una falsa alarma y Miranda se restituyó a la ciudad, quedando el Conde en el campo con algunas fuerzas hasta el anochecer. Después de esto se determinó que debían marcharse, pero Labastida no entendió las órdenes porque eran en inglés. El día antes, habiendo llevado el secretario Molini un mapa de la Provincia, Miranda se puso a examinarlo y vuelto a sus oficiales les dijo: “yo estaba bien en mi puesto: yo he venido engañado a Coro, pues debía haber ido a Ocumare, en medio de Puerto Cabello y La Guaira y próximo a Caracas”. La evacuación de Coro se realizó en jueves, a las 10 y media de la noche. Miranda, que estaba en la plaza frente a las tropas alineadas, fue a la casa a despedirse de Navarrete y de él, y asomados luego a un postigo los vieron desfilar.

El comportamiento de Miranda con la población de Coro fue bondadoso. Con frecuencia repetía a sus Oficiales, que no se perjudicase ni maltratase al vecindario y que sólo podían abrir alguna casa en solicitud de comida y agua. A las personas apresadas por los centinelas avanzados, las ponía en libertad. Los que deseaban permanecer en sus casas podían hacerlo o marcharse fuera libremente, a los cuales daba pasaporte.

Sobre los presos que encontró en la cárcel, pidió una lista al Alcaide donde constaran sus delitos. De ello se siguió: “que diez resultaron de homicidio y complicados en las muertes, dos o tres por ladrones, y los otros por delitos de corrección o lascivia. Que éstos últimos, esto es de corrección y lascivia, habiéndoles preguntado el tiempo que estaban presos mandó ponerles en libertad, y que fuesen a su presencia, como lo verificaron, y a su visita y en presencia de todos les dijo, que gozasen de su libertad y que Dios los juzgare, previniendo al Alcaide que de los reos de homicidio y ladrones si no estaba seguro de sus personas les pusiese grillos y cadena, que él no venía a amparar pícaros”.

En referencia a las personas de Coro por las cuales preguntara Miranda, Labastida expresa: Que el lunes, día de su llegada, como a las 11 de la mañana, se asomó al corral de la casa y preguntó de quien era la vivienda que estaba al fondo. Al contestarle que de don José de Zavala, Miranda “dio un corto paseo como en acción de hacer memoria y volvió a preguntar si el tal Zavala era dependiente del intendente Abalos que habrá sido aquí Alcabalero: a que el declarante (Labastida) le contestó que sólo sabía como forastero, era uno de los Caballeros de primera distinción... Igualmente preguntó por Nicolás Talavera, y habiéndole respondido el declarante que sólo conocía a uno nombrado el Dr. Nicolás Talavera, sacerdote y actual secretario de su Señoría Ilustrísima, le reconvino el mismo nombrado General, es un hombre de mi edad, estudió conmigo en Caracas y me admira mucho que sea sacerdote conociéndole su genio, a que le reconviniéron Navarrete y el declarante, Señor, el Dr. Talavera es un hombre muy formal, y respondió él fue y siempre será Talavera sacerdote y prosiguió haciendo varias memorias de su tiempo”.

Miranda también se informó sobre un tal Lugo de Paraguaná, que había sido su condiscípulo y amigo. Empero, su mejor recuerdo lo expresa cuando se refiere a sus tiempos caraqueños: “Un día al tiempo de almorzar, hablando de las comidas del país dijo que su ordinario almuerzo en la casa de su Padre hera ayaca, olleta, mondongo y ayaquita con diversidad de días: que hacía treinta años que no lo probaba”.

De las cosas más interesantes contenidas en la declaración de don Francisco Labastida, es la relativa al sello que usaba Miranda para lacrar sus cartas. Según decía: “habiendo un día cerrado dos pliegos para dirigirlos como los dirigió a los Sres. Alcaldes, concluido el trabajo el secretario Molini dejó sobre la mesa un sello de plata de un tamaño regular, el que estando el declarante solo en la sala pues se habían marchado de ella Miranda y su secretario, lo tuvo en sus manos: este contenía en medio una figura de hombre con una lámpara en la mano derecha, y en la punta el gorro de la libertad: al pie un ciervo y parada la estatua sobre un listón, en la mano izquierda haciendo arco el brazo una tarjeta y en el centro una F y una M, por orla estas palabras: Patria carior libertas (La Patria es más preciada que la libertad), que en el pie de la estatua tenía otro

letrero que con el susto y tribulación no pudo comprender, lo que luego que se impuso dejó sobre la mesa el sello y salió fuera a los corredores”.

Por último, interrogado Labastida sobre las noticias obtenidas acerca de las causas que habían motivado a Miranda a dirigirse a Coro, y si existía coaligación con algunos, expresó: Que había tenido varias conversaciones con don Carlos Cañero, Domingo Sánchez, el conde Rublat y otro oficial francés, de las cuales había sacado algunas reflexiones. Miranda les había confiado “que todo estaba hecho, que no era más que llegar y tomar posesión del gobierno, pues aunque su venida a Coro no era el punto señalado, sino al Puerto de Ocumare inmediaciones del Puerto Cabello y La Guaira, y a la vista de Caracas, se le había aconsejado mal: que sus refuerzos debían venir del Reino de Santa Fe, por un nombrado Piña, Pina o Pino, que era o había sido coronel de milicias, y otro refuerzo por los llanos de Barcelona, para uniéndose las tres divisiones pudiesen posesionarse del todo de la Provincia, que para aquella hora consideraba sublevada la perteneciente a Santa Fe”.

Todo ese conjunto de razones tan uniformes que había escuchado de diversas personas le hicieron pensar a Labastida que podía haber alguna cosa cierta en ello. A lo cual se agregaba: “la serenidad de ánimo del mismo General, pues dormía con la satisfacción como si estuviese en su casa, animándolos cuando había algunos tiros a que estuviesen tranquilos pues no había novedad”. Sin embargo, después de otras conversaciones con esas mismas personas, de haber contrastado con los hechos y oído diversas exposiciones del Gral. Miranda, “llegó a comprender el declarante que el tal Miranda era uno de los que por su elocuencia, inteligencia, y lenguas vivas que posee traía todos aquellos pobres engañados”.

Retirado Miranda y sus tropas a La Vela, se hospedó allí en una Casa de don José Zavala. Josefa Moreno, una india natural de Coro, que habitaba en el Puerto le sirvió de cocinera a Miranda: “éste le dijo que se quedare a cuidarle la casa y hacerle de comer, y que ella convino por miedo”. En los oficios de la casa la ayudó María Teresa Morales, otra india natural de Moruy, en la Península de Paraguaná, “de oficio lavandera, cocinera, costurera e hilandera”. Según decía, había sido apresada y conducida a la casa de Miranda, quien “la ocupó en lavar, y distribuir la comida que se ponía en la mesa a él y a sus Oficiales”. Como recompensa de su trabajo, “sólo le dieron cuatro justanes de arriba y dos de abajo y tres camisas”.